

## Los orígenes de la Ciudad\*

por J. de C. Serra-Ràfols

EL movimiento de pueblos en dirección Este-Oeste, que en Europa se desarrollaba en abanico, convirtiéndose en un movimiento Noreste-Sudoeste y hasta Norte-Sur, es un fenómeno repetido numerosas veces a lo largo de los tiempos prehistóricos e históricos. Parece algo así como el fluir constante de un río de fuentes lejanas, extraeuropeas, que tiene sus estiajes y sus avenidas. El estudio de este gran fenómeno de conjunto y sus causas es algo que no pertenece a este lugar, y además corresponde a los forjadores de las grandes síntesis históricas, y nosotros aquí nos hemos de limitar a apuntarlo.

No pretendemos que este fluir se produjese las más de las veces pacíficamente. Cuando tenemos noticias en un cierto grado inteligibles de algunos de sus momentos, como, por ejemplo, la entrada de los dorios en Grecia, o la de los galos en Francia, sabemos que se trató de invasiones que, como es natural, encontraron resistencias por parte de los ocupantes de los territorios donde alcanzó el movimiento, muchas veces gentes procedentes de movimientos anteriores del mismo sentido. Estas resistencias fueron otros tantos valladares, otras tantas presas digamos, que se oponían a aquel fluir. Pero en los primeros siglos antes de Jesucristo se produce en el Mediterráneo, que viene a ser el punto terminal de aquellos movimientos, un fenómeno nuevo que no tiene precedentes y que tampoco ha de tener consecuentes, es decir, nada parecido en tiempos posteriores: la formación de un Imperio Mediterráneo. Es un hecho que si lo conocemos históricamente muy bien, cuanto más lo consideramos y analizamos más extraordinario nos

\* Artículo publicado en MISCELLANEA BARCINONENSIA (pág. 23, n.º V).

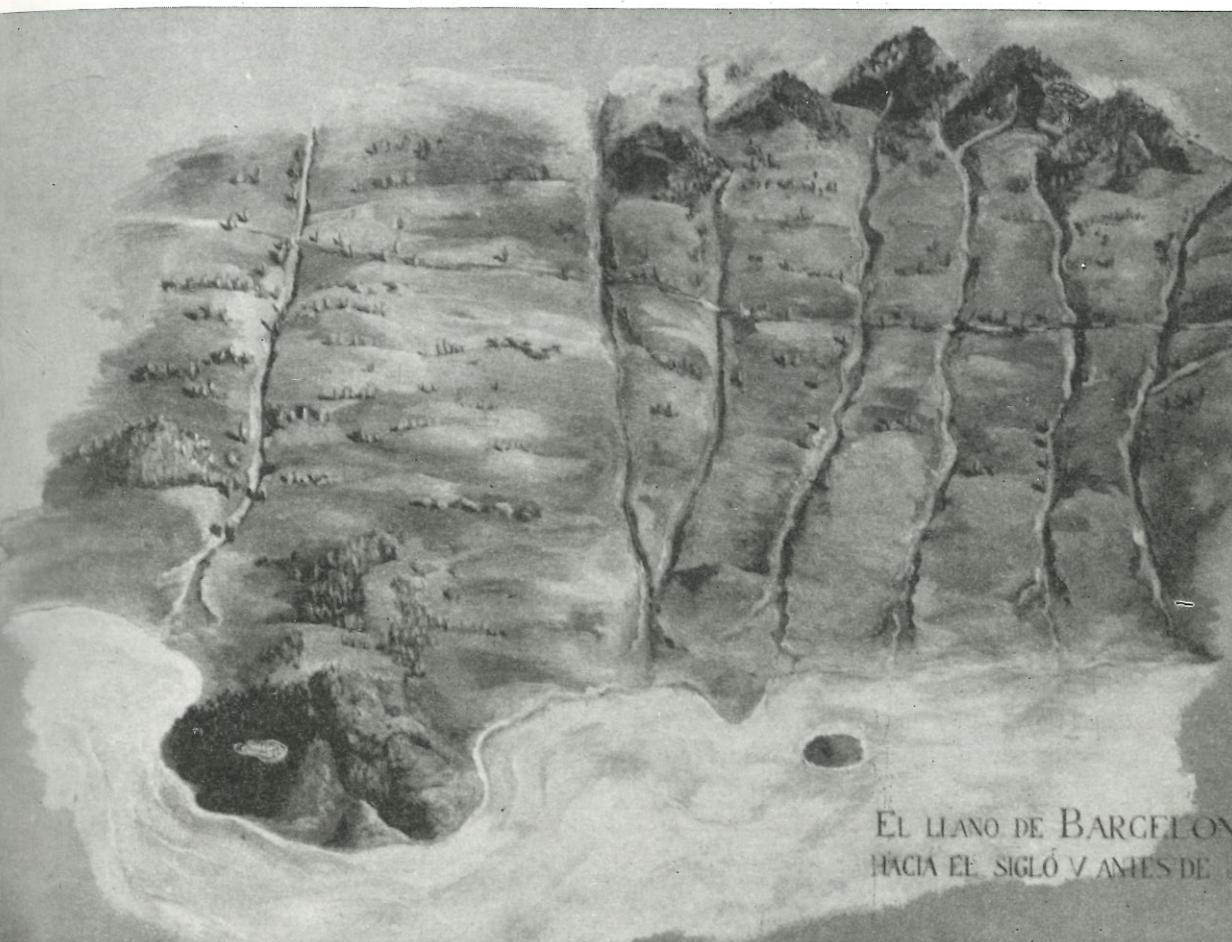
parece, y menos encontramos para él una explicación digamos filosófica.

El carácter fuera de serie que presenta este fenómeno nos aparece bien claro al observar, repetimos, que es único en el tiempo. Las tierras mediterráneas, por su geografía, aparecen profundamente compartimentadas, divididas en pequeñas regiones, que invitan a la formación de núcleos independientes o autónomos, y hasta a la atomización en determinadas zonas y circunstancias históricas, atomización que, digamos de paso, no es a veces la menos favorable al desarrollo cultural: baste recordar la Grecia clásica o la Italia medieval, divididas en una *poussière* de minúsculos Estados, de hecho ciudades-estado, pero muchos de ellos luminares de civilización, y vemos que al aglomerarse en unidades mucho más vastas, suman la extensión territorial de sus componentes, pero distan de sumar su fuerza civilizadora.<sup>1</sup>

Una de estas ciudades-Estado está destinada a unificar el Mediterráneo a punta de espada. Su milagrosa acción es tan intensa que, en Occidente, donde topa con civilizaciones menos evolucionadas, las absorbe y las unifica culturalmente, hasta donde esto es posible: es lo que ha de llamarse el Occidente latino, en tanto que en Oriente, al encontrarse con una civilización muy superior a la suya propia, la griega, de la que la latina no es más que una hijuela afortunada, no logra abatirla, aunque domine el país por la fuerza de las armas. Este extraordinario Imperio Mediterráneo de Roma, llega un momento, hacia el cambio de Era, que puede decirse es el de su mayor grandeza, en que pierde su fuerza expansiva, se anquilosa, pero es tan grande la construcción político-militar y económica formada por él, que ha de durar siglos hasta sucumbir a la conjunción de muy variadas causas (no la menor de ellas su «envejecimiento físico» natural). Hasta Augusto, perdura la voluntad de expansión de este «monstruo mediterráneo». Así, para pacificar la Hispania, impidiendo que las tribus montañosas del Noroeste perturben la paz (directamente o también indirectamente, haciendo ver a otras tribus ya sojuzgadas, pero todavía imperfectamente romanizadas, que el dominio romano no era universal y permanente), no se piensa en levantar un *vallum*, detrás del cual queden aislados cántabros,

1. Contemplemos el estado actual del Mediterráneo, en cuyas costas asoman no menos de 16 Estados soberanos (España, Francia, Italia, Yugoslavia, Albania, Grecia, Turquía, Chipre, Siria, Líbano, Israel, Egipto, Libia, Túnez, Argelia y Marruecos) sin contar Mónaco, ni Malta, de estatuto todavía no bien definido, con más la presencia inglesa en Gibraltar y aun la de una flota errante extramediterránea que domina sus aguas, y excluyendo aquellos Estados que se bañan en el mar Negro, que no fue totalmente romano en la Antigüedad.

astures y galaicos, sino que en unas largas campañas, que el clima «poco mediterráneo» y la aspereza del país hace difíciles, se conquista el territorio de aquellas tribus, y, con la llegada al mar, se redondea la provincia hispánica, en la que no hay que pensar ya más nuevamente. Otro exponente de este espíritu de conquista que todavía alienta en Roma es la intentada en Germania, y que ha de sufrir el desastre de Varus. Pero el caso de Germania era muy diferente del de Hispania. En ésta el mar daba un límite



Representación de cómo debió ser el llano de Barcelona con anterioridad a la dominación romana, pero ya con algunos poblados que podrían denominarse ibéricos. (Plano del Museo de Historia de la Ciudad.)



concreto y definitivo, mientras la Germania no tenía límites, era la inmensidad: tras la línea del Rin venía la del *Albis*, Elba, la del *Viadua*, el Oder, la del Vístula... el infinito. Si una circunstancia de detalle, el conocimiento de los planes de Arminio, o una mayor prudencia de Varus, por ejemplo, hubiese dado a la Teutoburgerwald un signo opuesto, las cosas se habrían desarrollado de la misma manera. De nada sirvió que, pocos años después, Germánico vengase en el mismo Arminio la derrota del año 9 después de Jesucristo. Roma ya no era capaz de «digerir» la inmensidad de más allá del Rin, y las medallas *Germania capta* están lejos de expresar una realidad. Así se fija más o menos voluntariamente un límite a la expansión, y, con el tiempo, las fronteras del Imperio se doblan en grandes extensiones con defensas militares ininterrumpidas, una verdadera muralla: el famoso *vallum* o *limes*.

Un buen ejemplo de este cambio de concepción lo tenemos al comparar la forma cómo se resolvió por Augusto el caso de la Hispania, tal como hemos visto, con aquella que adoptaron emperadores posteriores en el caso hasta cierto punto semejante de Britannia. Más allá del lugar donde los romanos habían llegado en Britannia, después de las campañas de César y posteriores, no se extendía la inmensidad de la Germania, sino unas comarcas concretas y bien delimitadas por el mar, un mar conocido aunque hostil, no mayores que aquellas que englobaba el noroeste de nuestra Península, en verdad extremadamente quebradas y de áspero clima, ocupadas por tribus tan pobres como belicosas y no ofreciendo por ellas mismas el menor aliciente para la conquista, pero representando su ocupación el precio para alcanzar la tranquilidad del resto del país, en proceso de pacífica romanización. Son, pues, circunstancias que recuerdan las que ofrecía la Península Ibérica en relación a las tribus también belicosas de los cántabros y astures, y en menor grado los galaicos, ocupantes igualmente de tierras quebradas y de clima desagradable para los romanos, tal como ya hemos observado. Pero en Escocia, después de diversos tanteos, acaba escogiéndose la actitud defensiva, y Adriano establece un primer *vallum*, a la altura del Solway Firth, que Antonino Pío lleva un poco más al Norte, a la del Firth of Forth. Los *valla Hadriani et Pii* son la clara confesión de la impotencia del gran Imperio Mediterráneo, cuyas fronteras iban del Atlántico a las profundidades del Asia, y que prefirió establecer una frontera militar fortificada contra las míseras tribus de la Caledonia, en lugar de ocupar su territorio, comprando a aquel precio una relativa tranquilidad para los britoromanos. De la misma manera se renuncia a la conquista de la Hibernia o

Irlanda, de límites bien concretos, igualmente poco atrayente por su clima y por su suelo, pero más fácil por lo relativamente llano del mismo.

Esta política militar, practicada en las más opuestas y alejadas fronteras, repetimos que representa un reconocimiento de impotencia, representa situarse definitivamente a la defensiva, cuando la mejor manera de defenderse suele ser atacar, pero para ello precisa no solamente tener la fuerza necesaria, sino que esté doblada de espíritu de ofensiva, que en estos tiempos parece ya estar agotado en el Imperio Mediterráneo, que sólo lo recupera en fugaces momentos, como en las campañas de Trajano, por ejemplo. En realidad, el milagro romano había acabado.

No puede decirse empero que esta política de fronteras fortificadas no diese su resultado. En efecto, por espacio de más de dos siglos, múltiples generaciones vivieron tranquilas a su amparo. Para ellas fueron, pues, defensa definitiva durante su paso por la tierra. Muy a diferencia de otras líneas militares que no llegaron ni a ser probadas. Los de nuestra generación podemos recordar la Línea Maginot, con una función semejante frente a la misma Alemania, que ni tan sólo fue embestida, ya que bastó con rodearla.

Pero si el gran *limes* europeo, como otros en Asia y Africa, cumplió favorablemente esta función, acaso dio resultados contraproducentes en el sentido de servir de dique, por paradoja tanto más peligroso cuanto más sólido y durable, opuesto al paso de las riadas humanas que seguían fluyendo de Este a Oeste, y que, detenidas por él, sólo infiltradas difícilmente a través de él por pactos establecidos en circunstancias diversas, después de estrellarse largamente contra él, al romperlo al fin, en el último tercio del siglo III, los efectos de la inundación fueron tanto más desastrosos cuanto más largamente habían sido contenidos y más desprevenida y confiada estaba la retaguardia. Todavía esta inundación de francos y alemanes como pueblos principales fue pasajera, y la vieja estructura romana, a pesar de su carcoma interior, se demostró tan sólida que consiguió superar esta circunstancia difícil, y con Diocleciano y Constantino el *limes* fue restaurado y durante otro siglo cumplió de nuevo su misión defensiva. Fue, pues, nuevamente, seguro amparo para varias generaciones. Pero a este lado de la frontera la primera rotura había determinado cambios profundos en la estructura material de los países afectados, y seguramente todavía más en su estructura moral, aunque éstos es más difícil rastrearlos en unos tiempos en que las fuentes históricas, como tantas otras cosas, decaen, y de los que estamos lejos de poseer las noticias coherentes y armónicamente estructuradas de tiempos más antiguos.



Por esto en otras ocasiones hemos hablado, refiriendo estos hechos a nuestra ciudad, de una primera y una segunda Barcelona romana, aquélla anterior a las invasiones a que venimos refiriéndonos, ésta posterior a las mismas; la una, por sus monumentos y probablemente por sus costumbres y su espíritu, plenamente integrada en la romanidad; la otra, urbanísticamente diferente en un todo, y de seguro poseída de un espíritu también diferente.

En el paisaje histórico que hemos esbozado nacen las viejas ciudades de Occidente, y entre ellas la nuestra, pues sería un error buscar los orígenes de una ciudad en los más antiguos testimonios que tengamos de la presencia del hombre en la que hoy es el área ocupada por ella.

En nuestro país puede decirse que a partir de la extensión de la civilización neolítica no hay, no ya una comarca, sino un término municipal, en donde no se haya encontrado alguno de aquellos testimonios, de manera que viendo las cosas de esta manera, todos nuestros pueblos y ciudades tendrían su origen en aquellos remotos tiempos, dos o tres mil años antes de nuestra Era, lo cual dista de ser cierto. Ello no demuestra otra cosa sino la total ocupación de nuestro suelo (con una densidad humana tan escasa como se quiera) desde el momento en que la población, ya sea de raíz indígena, ya sea llegada en aquel momento, y probablemente ambas cosas a la vez, fue beneficiándose de las nuevas condiciones económicas nacidas del cultivo de la tierra y la domesticación de los animales. Hablar, como se ha hecho, aunque sólo sea en artículos periodísticos, en los que se rinde culto preferentemente a lo sensacional, de los orígenes paleolíticos de una ciudad, es puro dislate, para desorientación del público multitudinario al que van dedicados tales artículos.

Al considerar el fenómeno de la ocupación del territorio por generaciones tan antiguas, nos escapa la línea que nos une a aquellas gentes, aunque desde el punto de vista antropológico y racial posiblemente exista. De hecho las ciudades sólo pueden nacer al implantarse una civilización que ofrezca, entre otras cosas, manifestaciones específicamente urbanas, aunque se trate de «urbes» muy pequeñas, y, además, de «urbanización» muy incipiente. Esto acontece en épocas bien diferentes según los lugares.

En el Próximo Oriente, ya en el neolítico, tenemos una civilización urbana, y con ella verdaderas ciudades, que muchas veces se suceden en el mismo lugar, formando los llamados «tells», especie de colinas artificiales constituidas por los restos de las diferentes poblaciones que en el mismo sitio se han ido superponiendo, y de los que existen numerosísimos ejempla-

plares, unos explorados, los más sin reconocer, y de los que uno de los más famosos es aquel al que se ha dado el nombre histórico e ilustre de Troya.

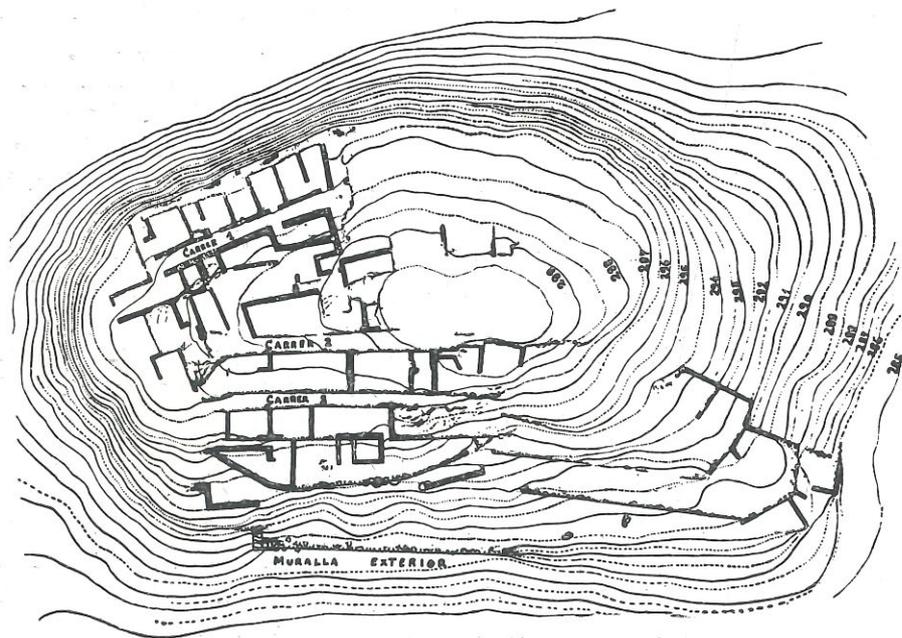
Pero en Occidente la evolución de los lugares de habitación que lleva a la formación de verdaderas ciudades es más lenta, y en muchos puntos sólo alcanza su eclosión en plena Edad del Hierro, cuando Oriente llevaba milenios de civilización urbana. Y aun entre nosotros acaso las primeras ciudades con indudables caracteres de tales, son las colonias de los pueblos del Oriente mediterráneo establecidos en nuestras costas, fenicios y griegos, que merodean por ellas más o menos a partir del año 1000 antes de J.C., como cifra extrema. Estas colonias de forasteros «civilizados» influyen indudablemente en los indígenas, y en Cataluña los núcleos de población indígena más antiguos que conocemos y que tienen un cierto carácter urbano, no son anteriores a las colonias griegas de *Rhodope* (Roses) y *Emporion* (Empúries). Nada sabemos en concreto de establecimientos fenicios en nuestras costas, y de ellos no se ha encontrado ningún resto arqueológico claramente identificable, ni conservado ninguna noticia histórica firme.

Entendemos por carácter urbano el que existan determinados aspectos de la estructura constructiva y de la vida de estas poblaciones, que sirvan necesidades colectivas y no simplemente familiares o individuales. El primero y más característico es que las habitaciones o casas se dispongan a lo largo de verdaderas calles, en vez de agruparse de una manera menos orgánica, como acontece con las cabañas, dándose muchas veces el caso de que tal hecho esté reforzado por otro, consistente en que las paredes que separan las casas sean medianeras, sirviendo por lo tanto a dos moradas contiguas.

Otro hecho lo tenemos en encerrarse por medio de una muralla, que forma una defensa igualmente colectiva, y que además genera una tercera circunstancia: la existencia de una puerta de ingreso (a veces más de una) a cuya existencia y situación hay que supeditar toda la disposición de las calles y moradas, para que se pueda ingresar independientemente en todas y cada una de ellas. Esta necesidad condiciona todo el plan estructural del conjunto de habitaciones, que si por su pequeñez podemos llamar «pueblo» o «poblado» (este último es el término, muy vago y acaso no excesivamente adecuado, adoptado por la mayoría de los arqueólogos, y que se ha impuesto sobre el de «despoblado», que también se usaba en el primer cuarto de este siglo, especialmente por los arqueólogos madrileños), por estos hechos, entonces nuevos, podría ya llamarse conjunto urbano o ciudad, por pequeña que fuese.

A partir de este momento la evolución se precipita, y se van sumando nuevos factores urbanísticos, que pueden ser, por ejemplo, la existencia de una plaza o lugar de reunión, la de vados en las calles, o sea piedras hincadas en el suelo que permiten cruzarlas durante las lluvias, la de depósitos colectivos de agua, etc.

Estas funciones materiales colectivas debieron engendrar a su vez funciones sociales cada vez más extensas y complicadas, ya que su cumplimiento venía a exigir algo así como la cesión de partículas de libertad, o digamos de «soberanía», individual o familiar, a favor de la colectividad, más fáciles de conservar en la habitación semiaislada que viene a ser la cabaña.



Plano del poblado ibérico de Puig Castellar (escala 1:400)

Es, como siempre, extraordinariamente expuesto afirmar si lo material llegó a engendrar lo que podríamos llamar social o espiritual, o si, al contrario, fueron las causas sociales y políticas las que impulsaron la nueva forma de agrupación de las moradas. En una institución tan prolijamente estudiada como la «polis», la ciudad, griega, no se ha podido llegar a con-

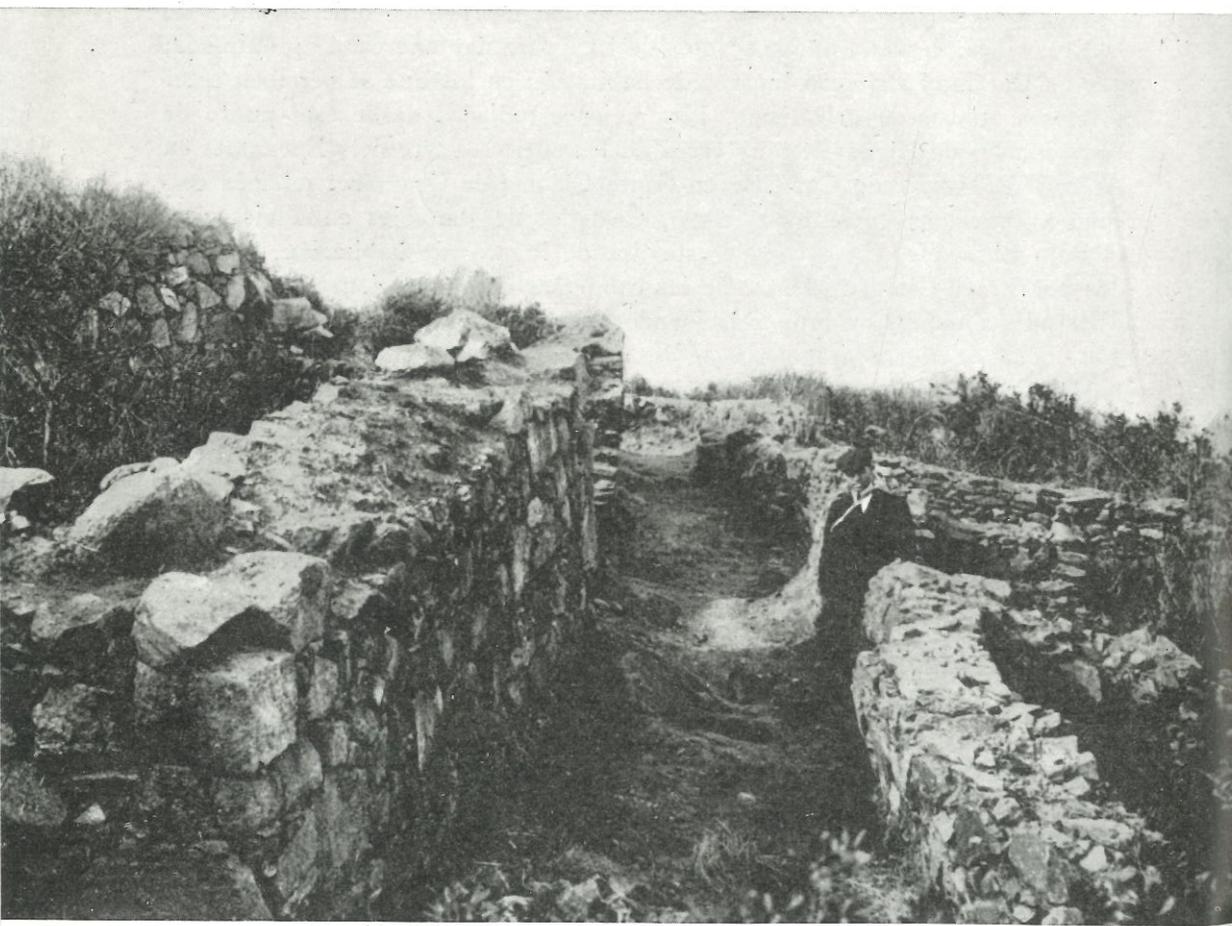
clusiones generales enteramente satisfactorias, y parece que ambas evoluciones son paralelas, marcando al unísono el cambio geopolítico que se plasmó, en siglos ya avanzados de la antigüedad, en ciudades perfectamente constituidas, lo mismo en lo urbanístico que en lo político-social, espejo de todas ellas Atenas.

Entre nosotros tenemos un reflejo «bárbaro» y tardío de esta evolución del mundo helénico, y es en la época que llamamos ibérica (término que puede postularse como de dudosa precisión, si nos supeditamos a puntos de vista preferentemente raciales, pero con el que todos nos entendemos perfectamente), es decir, ya en la segunda mitad del primer milenio antes de la Era, o sea, desde el año 500 antes de J.C. para dar una cifra aproximada, que en Cataluña aparecen lugares de habitación en los que se perciben estos primeros atisbos de urbanismo. Los mejor estudiados desde este punto de vista son los de Ullastret, muy cerca de Empúries, Torre dels Encantats en Arenys de Mar, Puig Castellar en Santa Coloma de Gramanet (el más cercano a Barcelona entre todos ellos), Castellet de Banyoles en Tivissa, en el Bajo Ebro, etc. Un grupo de este tipo de lugares de habitación, estudiados por Bosch-Gimpera dentro de las campañas de excavaciones del Institut d'Estudis Catalans, y muy relacionados con Cataluña, es el del Bajo Aragón, zona de tierra aragonesa en la que siempre se ha hablado y sigue hablándose lengua catalana. Allí el poblado de Sant Antoni de Calaceit es un ejemplo excelente, y bien estudiado, de estas incipientes urbanizaciones ibéricas, en el que, además, se puede reconocer un ensanche de la población, perfectamente estructurado. Otro poblado del Bajo Aragón que cabe mencionar es el de Els Castellans, especialmente interesante como ejemplo de una aldea pequeñísima, pero provista de formidables defensas militares, francamente desproporcionadas a su limitada extensión.

Muchos de estos lugares, que forman un primer grupo urbano, se despoblaron durante o después de la conquista romana (218 antes de Jesucristo, año del primer desembarco militar romano en la Península, que tuvo lugar en Empúries; 195 antes de Jesucristo, año de las campañas de Catón, que afianzaron definitivamente la conquista del país), de manera que han llegado hasta nosotros en forma de ruinas, en general muy degradadas, situadas en lugares despoblados, sin que en estos dos mil años haya habido en ellos otro verdadero asentamiento humano, ya que no puede considerarse tal la erección de humildes ermitas (Sant Andreu d'Ullastret, Sant Antoni de Calaceit), o de reducidas fortificaciones (Torre dels Encantats, Castellet de Banyoles, destinadas respectivamente a la vigilancia del mar y de

un río), mientras que en la mayoría ni tan sólo hubo este tipo de ocupación esporádica.

En cambio hay otros lugares, que sumaremos en un segundo grupo, que conocemos en su materialidad, es decir, arqueológicamente, de manera más imperfecta, en los que las poblaciones ibéricas subsistieron después de la conquista romana y de la posterior romanización, es decir, de la asimilación de los indígenas a la cultura de los conquistadores, convirtiéndose en ciudades que se pueden llamar *romanas*, aunque sus moradores racial-



El poblado de Puig Castellar (en Santa Coloma de Gramanet): una de sus calles con restos de los muros

mente debiesen muy poco o nada a las gentes de la capital del Lacio. Precisamente la continuidad del poblamiento es lo que ha enmascarado o borrado en gran parte los restos anteriores, ibéricos (que por otro lado tampoco han sido debidamente buscados, ni tan sólo cuando, como en Lérida, se han presentado circunstancias favorabilísimas para intentarlo).

Ejemplo de estas ciudades con raíces ibéricas son Lleida o Lérida (*Ilerda*), Girona o Gerona (*Gerunda*), Tortosa (*Dertosa*), y la misma Tarragona (*Tarraco*),<sup>2</sup> para no citar más que las principales.

Por fin, hay un tercer grupo de lugares de habitación de carácter urbano, que nacen precisamente cuando decaen y acaban desapareciendo los que hemos incluido en el primero. Se trata de fundaciones nacidas al calor de la romanización, es decir, de los cambios políticos, sociales y, sobre todo, económicos, determinados por este fenómeno de importancia capital en nuestra historia antigua. Hay que pensar que la inmensa mayoría de sus moradores proceden precisamente de aquellos poblados abandonados, establecidos ahora en lugares más adecuados a las nuevas circunstancias citadas.

El término «fundación» que hemos empleado, tratándose de núcleos de población correspondientes a los tiempos romanos, no es acaso el más apropiado, ya que bajo el dominio del derecho y las costumbres romanas, una fundación, propiamente tal, tenía un carácter jurídico, al que pensamos estuvieron ajenos la mayoría de estos nuevos núcleos, que debieron originarse de una manera digamos totalmente impremeditada, como si dijésemos espontánea.

Como ejemplos de estas ciudades nacidas desde el año 200 antes de J.C. (rendondeando siempre las cifras) y el comienzo de nuestra Era, podemos citar, entre los más claros, las varias pequeñas ciudades de la costa cuyos nombres se contienen en textos clásicos (Mela, Plinio, Ptolomeo) y en numerosas inscripciones, y que con estos mismos nombres antiguos u otros más modernos, pero ocupando el mismo emplazamiento, han llegado hasta nosotros como núcleos urbanos. Tales Iluro (Mataró),<sup>3</sup> Baetulo (Badalona)

2. Aún admitiendo que las célebres murallas llamadas «ciclópeas» fuesen de época romana en su totalidad, lo cual dista de estar demostrado, creemos no cabe duda de que al llegar los romanos a Tarragona, y hacer de ella su cuartel general el año mismo de su desembarco en Empúries, existía en el lugar una población indígena, como pre-romano es su nombre. Para verlo recomendamos la lectura atenta de los textos que hacen referencia a los primeros tiempos de la conquista.

3. Es muy interesante la relación entre Iluro y el extenso poblado «ibérico» emplazado al pie de la montaña de Burriac, a 5 kilómetros al Oeste, y que es uno de los que han conservado testimonios de mayor antigüedad (cerámica griega de

y Barcino (Barcelona). En las sierras de poca elevación que respaldan sus términos, ocupando las cimas de pequeñas colinas, se conocen restos de decenas de poblados ibéricos, que en la mayoría de los casos, tal como hemos dicho, fueron deshabitándose al mismo tiempo que nacían y crecían junto al mar las nuevas ciudades. El trasiego de población de unos a otras aparece claro, aunque no todos los iberos pobladores de aquéllos se integraron en los núcleos urbanos, sino que una gran parte de ellos, la mayoría probablemente, debieron asentarse en las casas de campo, las *villae* de los antiguos, es decir, las antecesoras de nuestras «masies» o «cases de pagès».

Esto acontece en un momento avanzado del urbanismo, y no tienen más que copiar lo que se hace a todo lo ancho de un mundo fuertemente unificado como es el romano, o acaso sería mejor decir el greco-romano. Las nuevas ciudades de nuestra tierra, dentro de la modestia de su población, tienen ya todas las características urbanas, en forma tal que si los siglos posteriores pueden modificar, y de hecho modifican su disposición para adaptarla a las cambiantes necesidades de los tiempos, al mismo tiempo que, en ciertos casos, ensanchan su área, poco añaden a lo alcanzado entonces. Hay que llegar a los tiempos actuales para que, al producirse necesidades enteramente nuevas e imprevisibles, surjan elementos inéditos de urbanismo.

En aquellas ciudades las calles siguen alineaciones racionales, están pavimentadas, se ensanchan para formar plazas, en éstas se elevan monumentos que conmemoran personajes y hechos, mientras otras están destinadas a albergar ramos del comercio, existen edificios públicos, civiles y religiosos, con emplazamientos escogidos, se atiende al solaz de los ciudadanos con edificios para espectáculos y con lugares de reunión y esparcimiento, como son las termas, en tales edificios, y también en las mansiones privadas, lo utilitario deja también un lugar a lo decorativo; el suministro de agua es una función pública bien atendida, que debió desvelar a los gobernantes de aquellos nuestros lejanos abuelos, como desvela a los magistrados que nos gobiernan ahora, y, paralelamente, el drenaje de las aguas pluviales y residuales se efectúa por medio de pequeños albañales y grandes alcantarillas colectoras; los muertos no son menos atendidos que los vivos,

figuras negras y rojas, cerámica indígena del tipo de los «campos de urnas»), pero que perduró en plena época romana (abundantes hallazgos de *terra sigillata*). El lugar ha conservado un nombre de raíz céltica, y es probable que subsistiese, con el mismo nombre que lleva ahora, cuando ya florecía Ilduro o Iluro en el lugar de la actual Mataró.

y a lo largo de los caminos que conducen a las ciudades se establecen los cementerios, en los que, al lado de las infinitas tumbas humildes y anónimas, se alzan sepulturas de más prestancia y mausoleos relativamente suntuosos, y en unas y en otros numerosas inscripciones nos hablan de la piedad de los deudos y amigos de los difuntos, al mismo tiempo que nos pregonan el nombre de éstos, sus virtudes, y a veces su condición, edad y otras circunstancias referentes a los mismos. La defensa de estos conjuntos urbanos, cuando las circunstancias obligan a pensar en ella, es objeto de un cuidado exquisito, que en el caso de Barcino llega a asombrarnos por su perfección y solidez. Nada diremos de las mansiones privadas, que caen fuera del urbanismo público, al que nos referimos con preferencia. Y al mismo tiempo las ciudades se estructuran en lo administrativo y lo espiritual, existen magistraturas ciudadanas y colegios sacerdotales, en fin, toda una organización bien jerarquizada que cuida de la ciudad.

Claro que todo esto, como exponente de organismos vivos, no permanece estático, sino que se modifica incesantemente, como vemos que a nuestros ojos cambian sin cesar las ciudades que habitamos. Esta es una de las dificultades que ofrece el estudio de este lejano pretérito: distinguir lo que corresponde a los diversos momentos de la historia ciudadana.

Refiriéndonos concretamente a nuestra Barcelona, en el área que ha de ser el núcleo romano de la ciudad,<sup>4</sup> por lo menos hasta ahora, no se han encontrado restos que enseñen estuviese situado en este lugar un poblado ibérico. Por otro lado, la topografía del lugar tampoco es la más característica de los lugares de habitación de los tiempos ibéricos. La elevación de la llamada colina del Monte Taber (una denominación mucho más tardía) es absolutamente insignificante, y se trata de una leve ondulación del terreno que no tiene nada que ver con las verdaderas colinas que ocupan otros poblados situados junto al mar, como, por ejemplo, el del Castell de Palamós, el de la Torre dels Encantats, ya citado, de Arenys de Mar, el de Montgat o el mismo de Montjuïc, o el formado por la acrópolis ilustre de Tarragona. La situación marinera de estos lugares de habitación no desvirtúa el carácter de posición defensiva más o menos sólida que tienen todos ellos.

En Barcelona no pasa así. El lugar es bajo y abierto. Para comprender este hecho no hay más que comparar su topografía con la de los lugares que

4. Prescindimos en absoluto en este ensayo del núcleo de población situado en Montjuïc, continuador de una «ciudad» ibérica, de la que en 1945 descubrimos el puerto o embarcadero.





Las cuatro columnas del Templo romano, según se conservaron dentro de una casa de la calle de Paradís

acabamos de citar. Siguiendo el curso de la moderna «Via Laietana», desde la «plaça d'Urquinaona» al mar, discurrimos por una línea en ligero declive constante. Pero si, un poco más al Este, hacemos el mismo recorrido desde la «plaça de Catalunya», cruzando el emplazamiento de la antigua ciudad romana, observaremos los siguientes cambios: Primero un leve descenso por la «avinguda del Portal de l'Angel» y el «carrer dels Arcs», hasta alcanzar, en la «avinguda de la Catedral», aproximadamente el mismo nivel que tenemos siguiendo la «Via Laietana». Pero después, al cruzar la «plaça Nova» y situarnos a la entrada de la ciudad romana, en vez de encontrarnos ante el mismo descenso, suave e ininterrumpido, que hemos visto en el primer itinerario, debemos subir por el «carrer del Bisbe», hacia las dos terceras partes del cual (a los 17 metros de la esquina del «carrer de la Pietat») alcanzaremos la altura máxima (que es un poco mayor hacia la izquierda, en el «carrer del Paradís», donde éste tuerce en ángulo recto, frente a la entrada del edificio del «Centre Excursionista de Catalunya», que a la vez lo es del pequeño patio donde se levanta, *in situ*, uno de los ángulos del templo romano, lugar en el que una piedra circular puesta en el suelo de la calle, que no es otra cosa que una vieja piedra de molino de 1,20 metros de diámetro, marca el punto de máxima altura del «Taber»). Después ya en el mismo «carrer del Bisbe» se desciende hasta la «plaça de Sant Jaume», que señala otro mínimo de altura, ya que los primeros metros del «carrer de la Ciutat», que sigue la misma alineación que el del «Bisbe», vuelven a ser en leve cuesta. Pasados aquéllos se presenta de nuevo el descenso que por la «placeta del Regomir», cruzando por el lugar donde se alzó el portal del mismo nombre, que era por la parte marítima el ingreso en la ciudad romana tardía, ya el descenso no se interrumpe hasta llegar al mar.

Pero estos desniveles, que enumerados en esta forma podrían parecer considerables, son en realidad insignificantes. Helos aquí:

«Plaça Nova», junto al edificio del Colegio de Arquitectos, 10,50 metros sobre el nivel del mar.

«Plaça Nova», al iniciarse la cuesta del «carrer del Bisbe», 11,94 m.

«Carrer del Bisbe», esquina al de «Santa Llúcia», 13,78 m.

Esquina del Palacio Episcopal, en la plazoleta de García Bachs, 14,76 m.

«Carrer del Bisbe» esquina «Pietat», 16,37 m.

Máxima altura en el «Carrer del Bisbe», 16,78 m.

«Carrer del Bisbe», esquina «plaça de Sant Jaume», 13,30 m.



«Plaça de Sant Jaume», esquina «carrer de la Ciutat», 12,93 m.

«Carrer de la Ciutat», esquina «Bellafla», 13,85 m.

En este punto se inicia ya el descenso ininterrumpido hasta el mar. La altura máxima del «Taber», en el «carrer del Paradís», es de 16,95 metros.<sup>5</sup>

Los barceloneses bien sabemos que para encontrar cuestas fatigosas hay que trasladarse hasta las barriadas extremas que van escalando las pendientes de las colinas que rodean el llano ocupado por la ciudad, y que tales cuestas no se encuentran en el viejo núcleo central de la urbe. Pero, de todas maneras, nuestros abuelos se dieron perfecta cuenta de la importancia topográfica de esta ligera eminencia, y bautizaron con el nombre de «baixades» las cortas calles secundarias que en todos sentidos irradiaban de ella. Y el llamarlas «baixades» y no «pujades» demuestra bien claro que quienes tales las bautizaron eran los moradores de la «colina» y no los que vivían en torno a ella.

Así vemos que de las 14 aberturas que dan paso a este núcleo central, 4 son modernas, como ya sus nombres lo demuestran: «Jaume I», «Condesa de Sobradiel», «Cervantes» y «Fernando» (de todas maneras todas ellas en descenso, a veces tan pronunciado como el de «Cervantes»). Otra es un boquete determinado por la existencia de un gran edificio digamos «moderno»: la «plaça de la Catedral»; seis llevan esta denominación de «baixada», con apelativos más o menos antiguos, o sea: «Baixada de la Canonja», «Baixada de la Presó», «Baixada de Cassadors», «Baixada de Viladecols», «Baixada de Sant Miquel» y «Baixada de Santa Eulàlia». Los tres restantes, «Bisbe», «Regomir» y «Call», corresponden a tres salidas principales de la ciudad romana del Bajo Imperio, en las que la pendiente era más suave. Únicamente la también importante salida por la parte Norte (o Noreste), la que llevaba al camino de las Galias, la de la «Presó», mereció de los viejos barceloneses el calificativo de «baixada».

Pero incluso esta «acrópolis», de seis a siete metros de altura tan sólo, en parte resulta artificial, y de modernos estudios se deduce que el «crecimiento» del terreno es superior en más de un metro dentro del recinto de la muralla romana de finales del siglo III que en su exterior, en forma que ésta ha obrado a manera de muro de contención de tierras y escombros.

5. Estos datos son las alturas de precisión del plano de la ciudad. Carreras Candi, en el volumen *Ciutat de Barcelona* de la *Geografia General de Catalunya*, p. 13, da para este punto la altura de 18,50 metros, o sea 1,55 metros más.



La necropolis romana del siglo II, tal como se exhibe en la Plaza de la Villa de Madrid, en donde fue hallada

Barcelona es, pues, un pequeño «tell», como lo son todos los viejos solares en los que podríamos decir que se ha ido superponiendo la historia.

Más que por su elevación, el solar de la Barcelona romana quedó resaltado por los dos torrentes relativamente importantes que la enmarcaban por el Noroeste y Sudoeste: el «Merdança», llegado a nuestros días como «Riera de Sant Joan» y ya desaparecido, y la «Rambla», con cursos siguiendo más o menos la «Via Laietana» y las actuales «Rambles».<sup>6</sup>

De los viejos desbordamientos de la Rambla tenemos una prueba material en el hecho de haber quedado cubierta de arenas y tierras de arrastre la necrópolis del siglo II, situada en lo que ha venido a ser plaza de la Villa de Madrid, junto al «carrer de La Canuda», lo que, digamos de paso, si la perjudicó gravemente en la lejana fecha en que aconteció aquel hecho, evitó más tarde la total destrucción de sus tumbas más monumentales, al no aprovechar sus piedras al ser edificada la muralla en el siglo III, como sucedió en los demás cementerios romano-barceloneses.<sup>7</sup>

En este espolón de tan escasa altura, entre estos dos pequeños cursos torrenciales, debió erigirse a finales del siglo II o comienzos del I antes de la Era, un núcleo ibero-romano que bien pronto debió adquirir importancia superior a sus gemelas y vecinas y aproximadamente contemporáneas Baetulo-Badalona, Iluro-Mataró, etc. Esta superior importancia queda demostrada históricamente en el hecho de haber merecido el honorífico título de Colonia, la COLONIA FAVENCIA IVLIA AVGVSTA PATERNA BARCINO<sup>8</sup> y arqueológicamente por la mayor cantidad y entidad de los ha-

6. Sobre estos viejos torrentes, como sobre cualquier punto de la historia de Barcelona, no dejar de consultar el arsenal inmenso de noticias que se encuentran en la obra fundamental citada del gran historiador de la ciudad, Francesc Carreras i Candi.

7. Al abrirse, en 1960-61, los cimientos de la casa número 3 de la citada plaza, pude hacer unas observaciones sobre la estratificación de las tierras en este lugar, a pocos metros de distancia de la citada necrópolis, y pude observar no menos de once capas de arrastres torrenciales más o menos potentes, los más antiguos, a juzgar por su nivel, anteriores a la necrópolis romana.

8. Sabemos ahora que uno de los cognomina de la Colonia barcelonesa era PATERNA y no PIA. Ello gracias a la inscripción dedicada a Caracalla el año 215, descubierta por Durán y Sanpere, en las excavaciones efectuadas en el emplazamiento de una posible plaza pública ornada de monumentos conmemorativos, un foro, en el área de la «placeta de Sant Iu», entre la muralla romana y la actual catedral gótica. En efecto, en todas las inscripciones en las que aparece el nombre de la Colonia, con sus ampulosas apelaciones honoríficas, aparecía una P, que desde el siglo XVI se había completado en P(ia), lo cual había sido admitido por Hübner en el CORPUS, y realmente parecía lo más posible. Pero, por primera

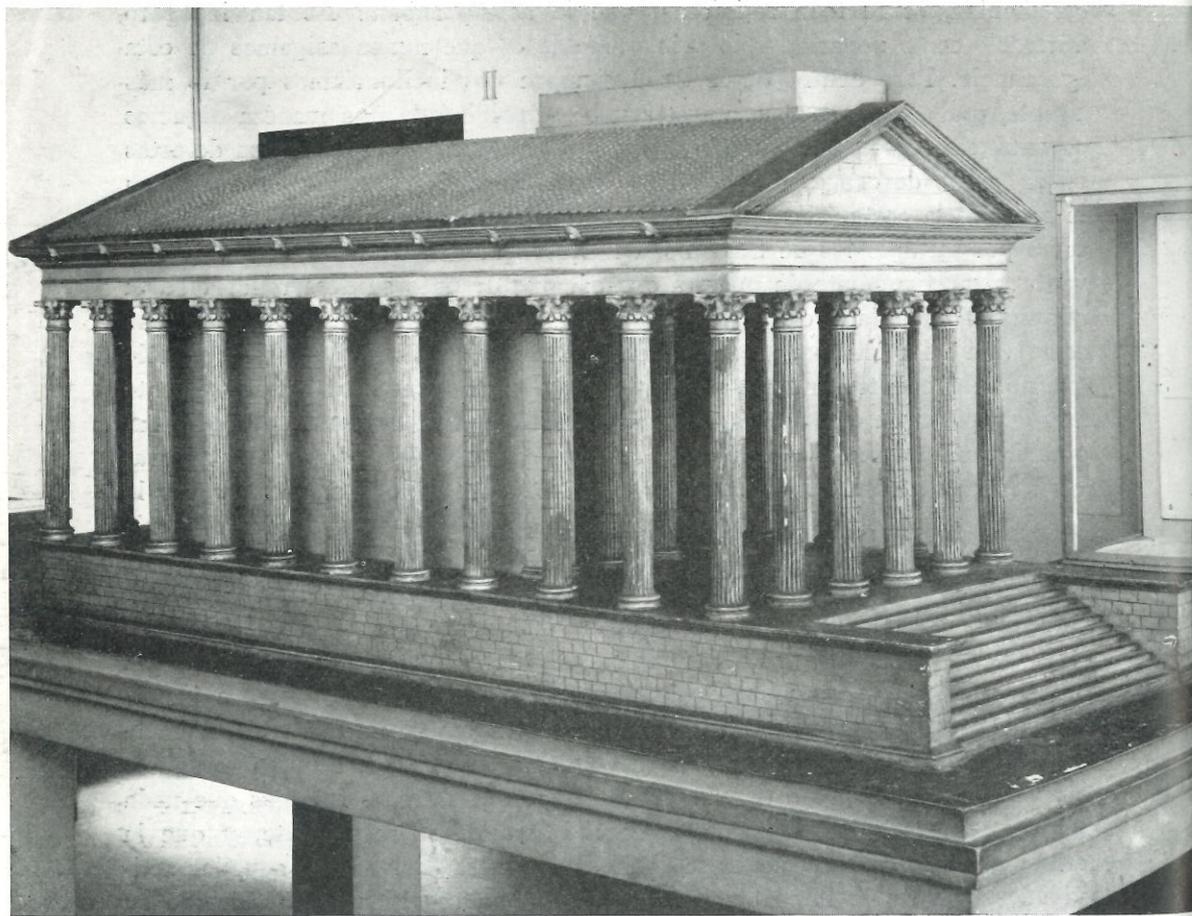
llazgos efectuados en ella, con todo y ser interesantes los que han tenido y tienen lugar en Mataró y en Badalona.

¿Fue esta nueva ciudad una «fundación», en el sentido jurídico que los romanos daban a este término, es decir, acompañada su erección por las ceremonias, sobre todo religiosas, que la acompañaban? Es tan inseguro afirmarlo como negarlo, y lo más probable es que nunca salgamos de esta ignorancia. Pero dentro de la duda siempre nos inclinaremos por lo más simple, que es suponer que nuestra urbe se originó de una manera digamos espontánea, acaso en un comienzo por la erección en el lugar de una de estas *villae* (casas de campo) de raíz ibérica, de las que conocemos ya varias en la zona de la costa, con un estrato inferior ibérico y otro superior romano, como por ejemplo las de Sant Boi de Llobregat y Ocata, a Poniente y Levante respectivamente de nuestra ciudad, que después se desarrollaría hasta adquirir fisonomía y categoría urbanas. Los restos de una *villa* o «masia» semejante a las citadas, no se han encontrado hasta ahora, y es muy posible que no se encuentren nunca, pero tampoco hay que renunciar definitivamente a la esperanza de que un día, más la casualidad que otra cosa, haga efectuar trabajos en que se descubran unas ruinas que puedan ser de aquella naturaleza. Nunca sabemos lo que hay bajo el suelo antes de explorarlo, y por lo tanto ello no es imposible, de la misma manera que, en 1958, nadie se habría atrevido a vaticinar que el Museo de Historia de la Ciudad, habría de contar, en 1962, con una sala de mármoles que empieza a poder compararse con las de otros museos hispánicos más famosos en este concepto.

La nueva ciudad no llegó nunca a adquirir en la Hispania importancia administrativa. Vistas las proporciones geográficas de los Conventos jurídicos romanos, era difícil que fuese erigida en cabeza de uno de ellos, dada la proximidad de la urbe tarraconense, donde, según Plinio, acudían a dirimir sus pleitos 42 pueblos o tribus. Pensaríamos que Barcino fue más que nada un centro económico, agrícola, comercial y artesano importante, y que la entidad de sus construcciones se debió a la riqueza derivada de aquellas actividades, y no a la importancia política a que otros lugares han debido su primacía. El hecho habría de repetirse muchos siglos más tarde. El premio

vez, en la inscripción citada, otras letras acompañan a la P, y en ella se lee PAT, lo que descarta sin lugar a dudas aquella interpretación, pasando a completarse en PAT(erna), cognomen que llevan otras colonias como Narbona y Arlés, no muy alejadas de nosotros. Es más difícil se pueda completar en PAT(ricia), como Córdoba, ya que en la abreviación es probable se pusiese PATR, como aparece en las inscripciones de la ciudad andaluza, sobre todo en esta lápida, en la que queda amplio espacio para ello.

oficial a esta actividad de tipo privado fue aquel título de Colonia, que no sabemos si enlaza también con el esporádico establecimiento de un grupo de «colonos», veteranos de las campañas cántabras, y los apelativos que



Reconstrucción del Templo romano de Barcino, según el tipo característico del siglo I

al mismo se sumaron, de los cuales sólo de los de Julia y Augusta podemos suponer fundadamente el origen, por ser honrada en esta forma bajo el gobierno de la dinastía Julia. El porqué se la tituló además Favencia y Paterna, es por ahora un enigma que no nos esclarecen recientes hipótesis.

Lo que sabemos de esta ciudad es a la vez muy poco y mucho más. Muy poco si nos limitamos a consignar lo que de ella nos dicen los textos antiguos, que es casi sólo su nombre, y hacer la lista de los edificios pú-



Columnas y friso sobre el mosaico de las Termas romanas, según reconstrucción del Museo Arqueológico



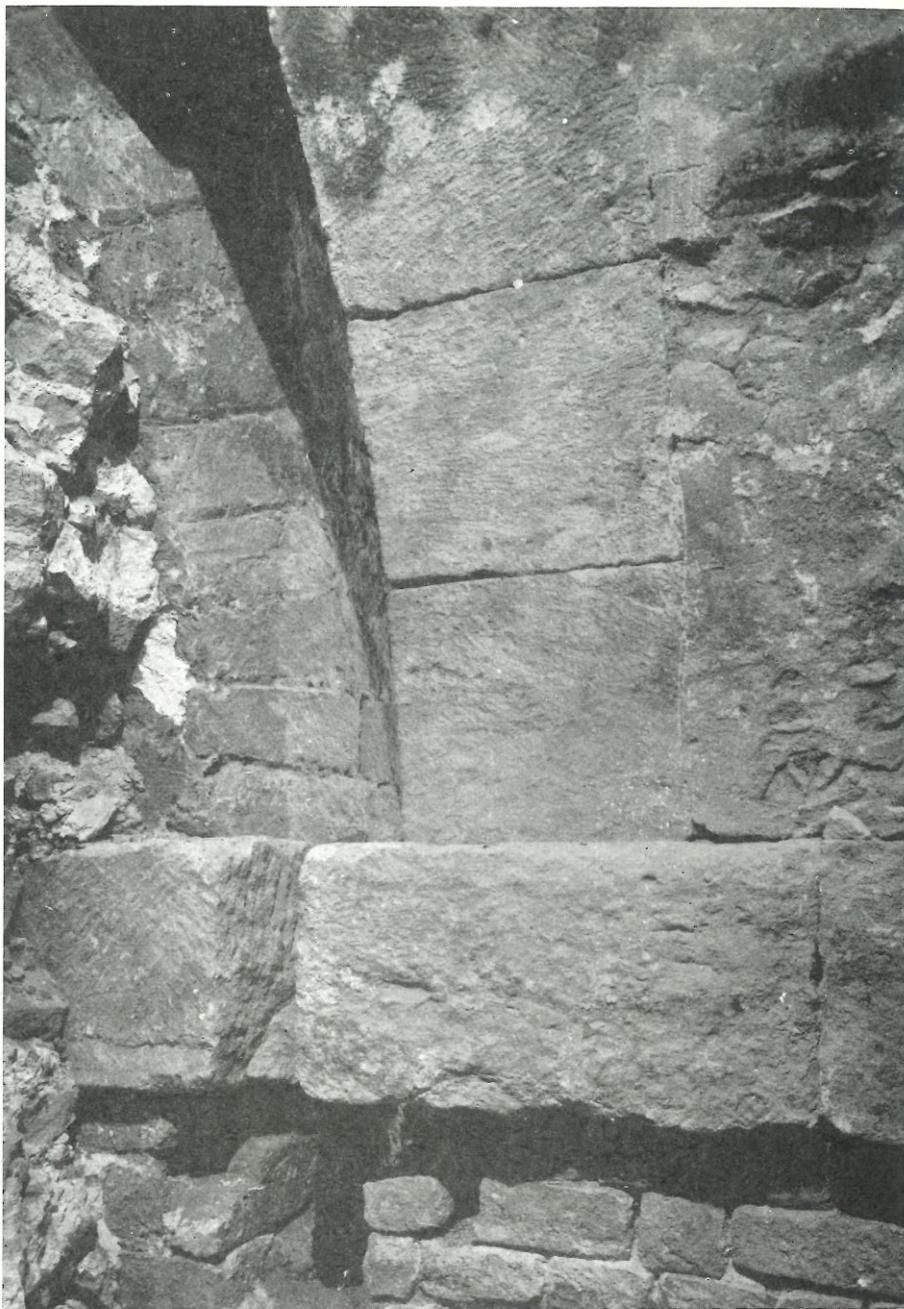
blicos de los que han llegado hasta nosotros restos *in situ*. Pero es mucho más si nos valemos de las otras fuentes de que disponemos, y a las que nos referiremos luego.

En cuanto a tales edificios públicos habríamos de reducirnos a citar un número muy escaso. En primer lugar un templo y unas termas. Aquél es el bien conocido del «carrer del Paradís»; éstas las también abundantemente citadas, pero peor conocidas, del antiguo emplazamiento de la iglesia de Sant Miquel, situada en el lugar donde se alza ahora el cuerpo sudoeste del Palacio Municipal, junto a la plazoleta que lleva todavía el nombre de aquel templo. La iglesia, cuya nave era una dependencia de las termas, solada con un mosaico que se conserva, muy restaurado, en el Museo de Arqueología de Montjuïc, fue derribada en 1868, sin haberse publicado de su destrucción y los posteriores trabajos de arranque y traslado de su mosaico en 1892, más que las noticias propias de empresas efectuadas en aquella época, es decir, mucho menos de lo que deseáramos.<sup>9</sup>

Luego entre los monumentos de los que se han conservado restos *in situ*, pero de carácter más secundario, podríamos citar otros cuatro. El primero, los restos de dos acueductos, de los que sólo conocemos un pequeño sector al lado y dentro de la «Casa de l'Ardiaca», sede del Instituto Municipal de Historia de la Ciudad y del Archivo Histórico Municipal, situada a la izquierda entrando de la puerta de la «plaça Nova».<sup>10</sup> El segundo, lo que creemos basamento de una de las jambas de un arco triunfal, emplazado en el mismo lugar. El tercero la parte conocida de la necrópolis descubierta al urbanizarse la plaza bautizada con el nombre de «Villa de Madrid», a la que hemos aludido, situada entre las calles de la Canuda y del Bot, en el solar que ocupó antes de la guerra el convento e Iglesia de Santa Teresa y el hoy desaparecido «carrer de la Mare de Déu», la única necrópolis algo monumental correspondiente a la primera Barcelona romana de la que ha llegado hasta nosotros una parte casi intacta. El cuarto, ciertos sectores de la red de alcantarillas, que no han sido todavía estudiados.

9. En ciertos sótanos del Palacio Municipal, recayentes a la plazoleta de Sant Miquel, y destinados ahora a carboneras de la calefacción, es posible queden todavía restos del lugar de emplazamiento del mosaico citado, cosa que sería interesante comprobar, aunque en este momento sea muy difícil hacerlo, pero acaso algún día resulte más factible.

10. Estos restos, que en la parte situada en el interior de la «Casa de l'Ardiaca», son menos conocidos de lo que merecen, han sido precisamente objeto de una cuidadosa y acertada presentación e iluminación, que realza su importancia. Tenemos en curso de redacción un trabajo sobre estos restos.



Inicio de los arcos del acueducto romano desde su parte interior correspondiente a la Casa del Arcediano

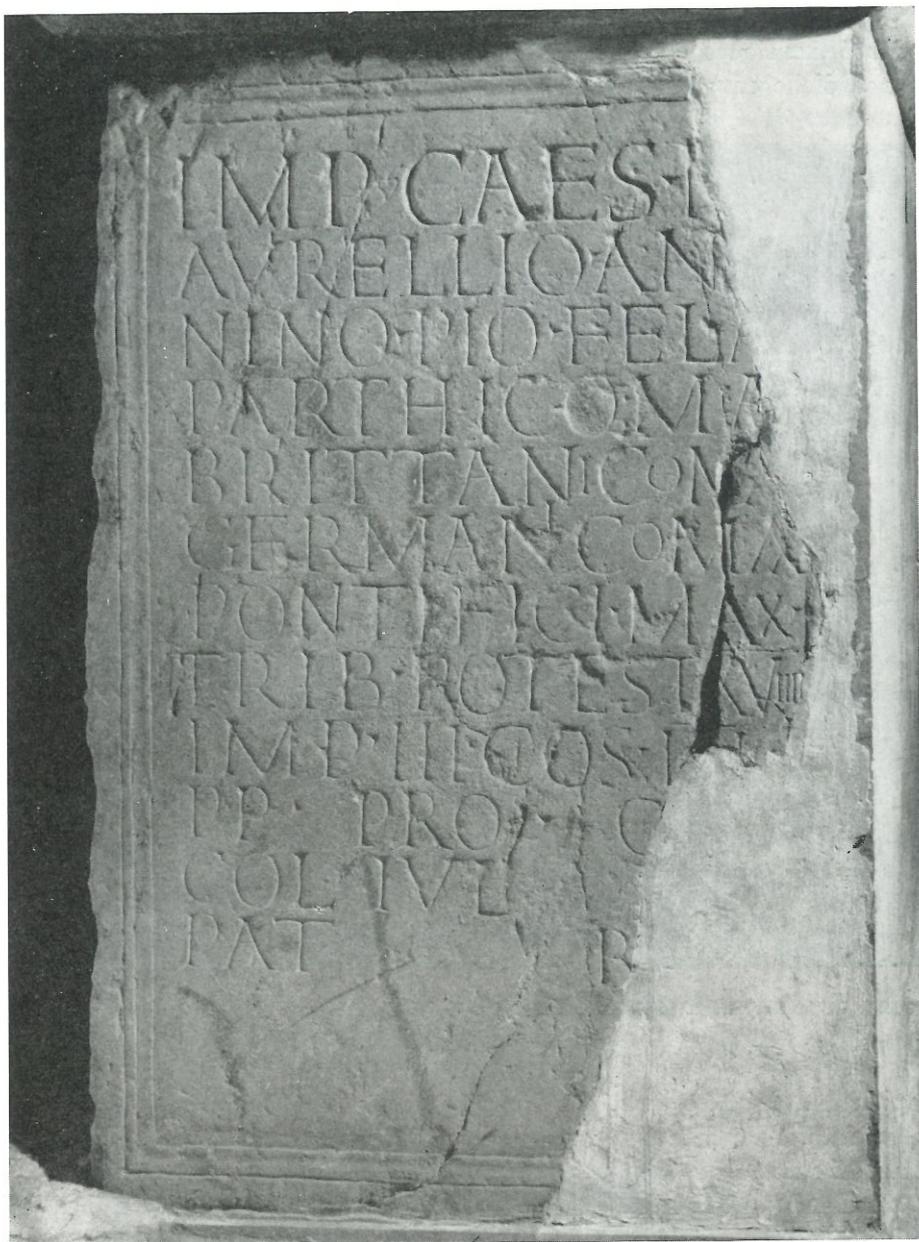


Lo que se ha dicho de un teatro y un anfiteatro son noticias extremadamente dudosas, y aunque se podrían alegar indicios para suponer existieron tales edificios, su localización es hasta ahora sumamente imprecisa. Más probable resulta la localización de un foro o plaza pública, que la acumulación de pedestales de estatuas e inscripciones honoríficas descubiertas en torno a la plazoleta de «Sant Iu» ha hecho suponer con bastante fundamento existió en aquellas proximidades, a pesar de lo excéntrico que resulta el lugar, por lo menos en relación a la segunda Barcelona romana.

Aunque tampoco se trate de un «edificio» en el sentido corriente de la palabra, acaso entre las construcciones públicas de la primera Barcelona, deberíamos incluir unos restos de muralla, todavía enigmáticos, que hasta ahora sabemos discurría en el espacio comprendido entre las torres 7 y 12 del recinto tardío correspondiente a la segunda ciudad, en una longitud más o menos explorada de 70 metros, aunque es posible se prolongue en las dos direcciones. En varios lugares hemos hecho alusión a estos restos, sin que por ahora creamos sea posible pronunciarse de una manera categórica sobre su naturaleza y cronología.<sup>11</sup>

Pero al sufrir la ciudad la gran destrucción a la que nos hemos referido repetidamente, en la década del 260 al 270, y construirse seguidamente la nueva muralla, se echó mano, como en otros lugares del mundo romano en parecidas circunstancias, a todo género de restos de edificios públicos y privados, dañados o no por aquélla, de manera que la obra de la muralla, de un volumen del orden de los 60.000 metros cúbicos, representó seguramente una mayor destrucción que la causada por el saqueo e incendio, seguramente parciales, que pudiese sufrir en aquella acometida de los germanos. Fue además una destrucción digamos metódica, para aportar, de la manera

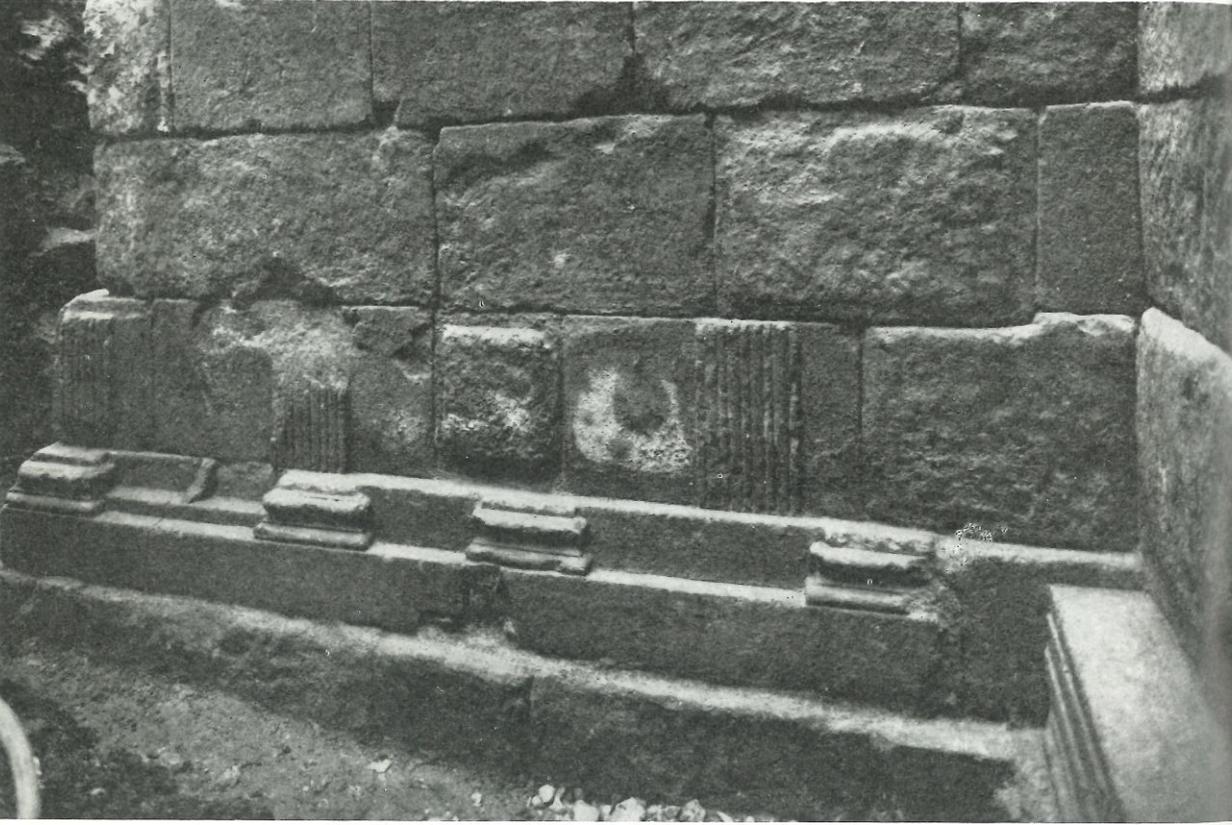
II. En nuestros trabajos: *Las excavaciones de la muralla romana de la Tapinería*, Barcelona, Primer Congreso Nacional de Urbanismo, 1959, p. 8, y *Las excavaciones de la muralla romana de la calle de la Tapinería de Barcelona*, «Zephyrus» (Salamanca), vol. X, 1959, p. 135, al referirnos a esta muralla nos inclinamos a fecharla en los comienzos del Imperio, pero sin poder asentar esta hipótesis sobre argumentos decisivos. Desde entonces no se ha producido ningún hecho nuevo que permita mayores precisiones. Ahora, gracias al interés de las autoridades municipales, y de los técnicos a sus órdenes, especialmente el arquitecto jefe del Servicio de Edificios Históricos y Artísticos don Joaquín de Ros y la conjunta colaboración de los señores don Federico Marés y don Federico Udina, directores respectivamente de los Museos Marés y de Historia de la Ciudad, ha sido posible dejar al descubierto un segmento de esta muralla, en una de las salas del Museo Marés, segmento situado detrás de las torres 8 y 9, con una longitud de unos 18 metros, con una interrupción de unos 5 metros. Todos los arqueólogos pueden ahora, por lo tanto, examinar este interesante resto.



Inscripción que guarda hoy el Museo de Historia de la Ciudad levantada en el Foro de Barcelona en honor de Caracalla en el año 215; figura en ella el nombre completo de la Colonia



más económica posible, materiales para la obra ingente, desproporcionada a las dimensiones de la ciudad, que representaba aquélla, pero que, como hemos dicho en otros lugares,<sup>12</sup> ha sido el origen de la futura grandeza y



Zócalo de la torre núm. 26 de la muralla romana, cuyos elementos pertenecieron a un monumento funerario del siglo II

capitalidad de Barcelona. Por qué precisamente fue elegida nuestra ciudad para dotarla de esta prodigiosa obra militar, es otro asunto en el que la falta de espacio nos obliga a prescindir aquí.

Ha sido al destruir sectores de la muralla en el curso del siglo pasado,

12. Véase entre otros nuestro trabajo *Sobre els orígens de Barcelona*, en «*Miscellania Fontseré*», Barcelona 1961, pp. 377-388.

o al explorarla metódicamente a partir de 1959, que han surgido de su interior restos y más restos de aquella primera Barcelona, inscripciones, bustos de mármol y otros fragmentos de esculturas; fustes de columna, capiteles, bases, cornisas, etc., etc., todo un mundo de despojos que van revelándonos la riqueza artística y monumental de la primera ciudad, y que son otros tantos documentos para su estudio: unos, textos contemporáneos de la época, llegados a nosotros en las mismas letras en que fueron redactados, sin deformaciones e interpolaciones; otros, que si no contienen escritos hablan también al investigador con voces más recónditas pero igualmente elocuentes. Son aquellas fuentes a las que nos referíamos y que van permitiendo, a medida que se descubren, ampliar el conocimiento que tenemos de la época y de la ciudad. Cuando el trabajo de recuperación esté más avanzado, incluso podrá pensarse en la reconstrucción, por lo menos sobre dibujos y planos, y algunas veces materialmente, de varios de aquellos monumentos, tal como se hizo en el Museo de Arqueología de Montjuïc, con parte de los restos descubiertos el siglo pasado.

Así, pues, Barcelona tiene la doble fortuna histórica de poseer de sus orígenes gran parte de un vetusto recinto amurallado, como pocas ciudades de vieja estirpe pueden exhibirlo, y de que esta muralla sea a la vez valiosa por ella misma y por los restos innumerables que contiene en su seno.